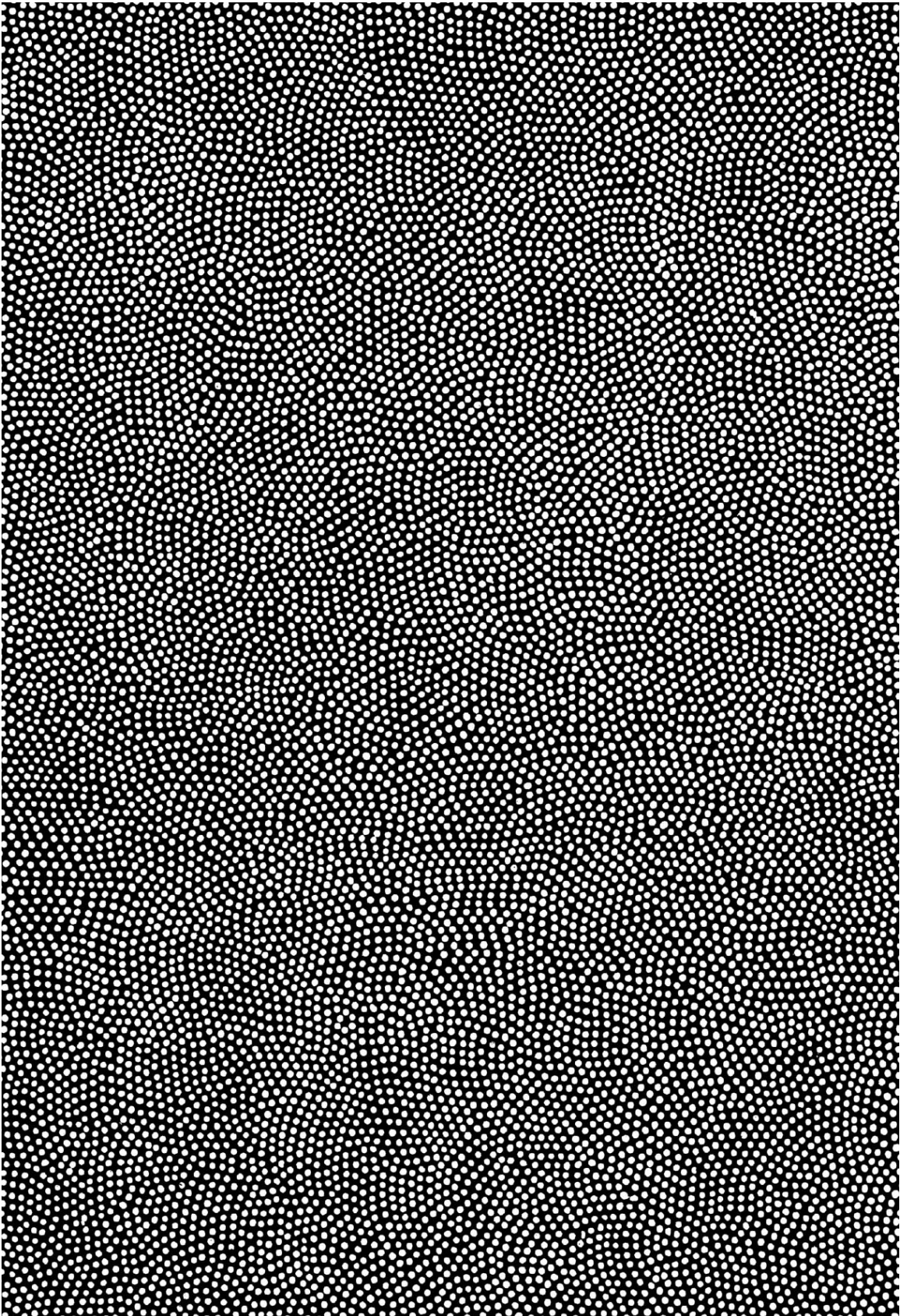


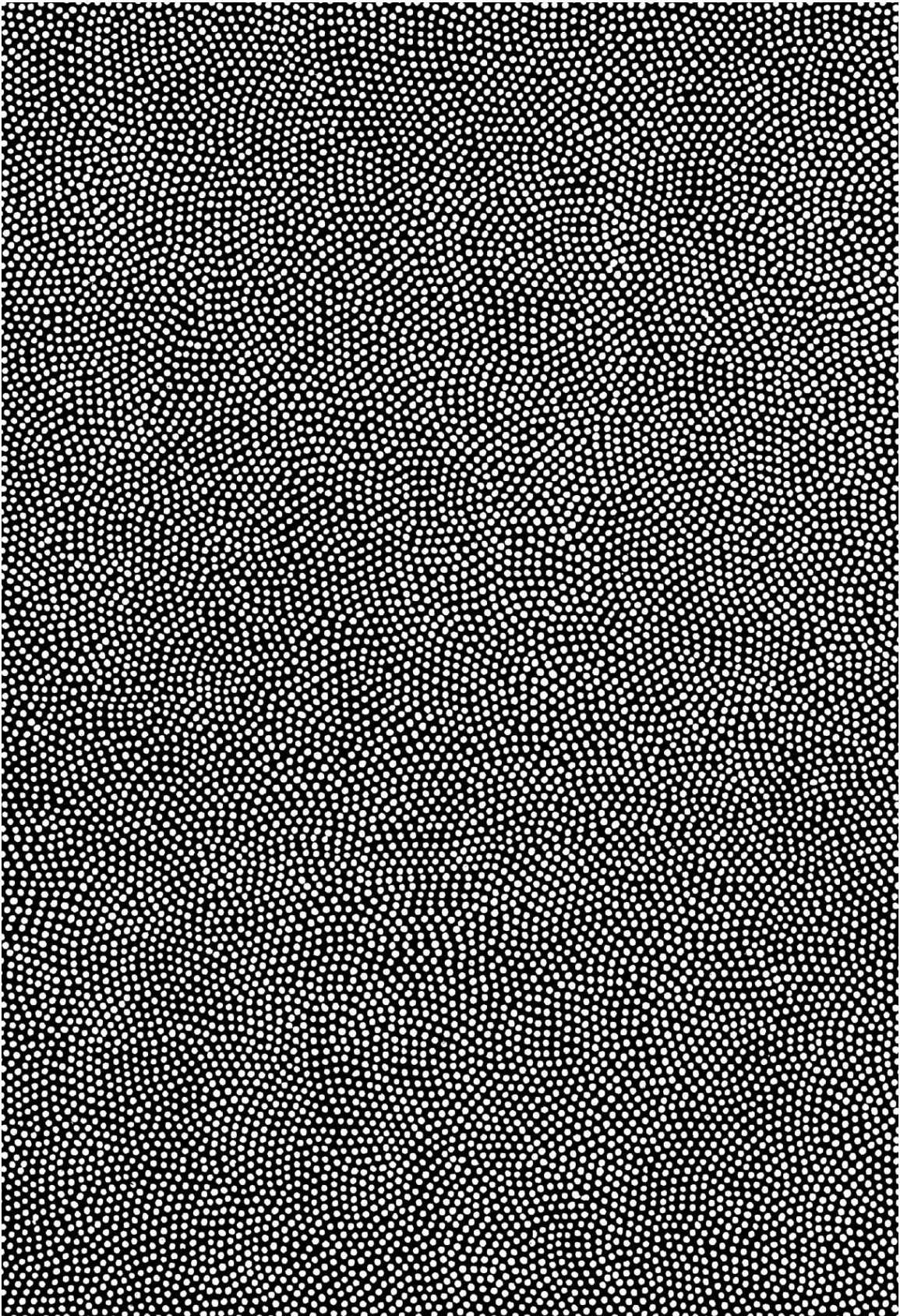
Quien esté libre de culpa

Gema Nieto











Quien esté libre de culpa

Editorial Dos Bigotes

Quien esté libre de culpa

Gema Nieto



Primera edición: septiembre de 2021

QUIEN ESTÉ LIBRE DE CULPA © 2021 Gema Nieto Jiménez

© de esta edición: Dos Bigotes, A.C.

Publicado por Dos Bigotes, A.C.

www.dosbigotes.es

ISBN: 978-84-122925-8-9

eISBN: 978-84-124023-4-6

Depósito legal: M-20033-2021

Impreso por Kadmos

www.kadmos.es

Diseño de colección:

Raúl Lázaro

www.escueladecebras.com

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

El papel utilizado para la impresión de *Quien esté libre de culpa* es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable.

Impreso en España — Printed in Spain

*Para Andrés,
con la esperanza de que cuando crezca
éste sea un mundo habitable,
con el temor de que no lo será
y con la confianza en su valentía y sensibilidad
para contribuir a cambiarlo.*

Inhalt

Las casas

Los hijos

La sangre

El ruido

El silencio

El miedo

La piedad

Las piedras

TÍTULOS DE DOS BIGOTES

«Nuestros hijos nos asustan en su intimidad,
pero nos aseguramos de que crezcan como nosotros».

Jeanette Winterson

«El peor pecado que existe, la mayor maldad que puede
cometer el ser humano, es maltratar a un animal. Porque
mientras los seres humanos seguimos la suerte de Adán
y Eva, expulsados del Paraíso, a los animales jamás se
les expulsó. Su compañía es la de criaturas vivas pero
también la de seres angélicos que nos miran desde un
Edén para nosotros perdido, y qué amargo resultaría
nuestro exilio si no nos quedara este consuelo».

Elsa Morante

Las casas

Fue como entrar en una gigantesca selva blanca, mucho más grande de lo que daba la impresión desde fuera, en la verja de entrada junto a las jardineras de piedra, todos contemplando con la cabeza un poco echada hacia atrás los ventanales que cubrían por completo la parte delantera del edificio, algo apartado del centro de la ciudad pero todavía limítrofe con uno de sus mejores barrios residenciales. Justo después de que se descorriera la cancela con su lenta ceremonia eléctrica, una estatua sedente ensamblada de espejos reflejaba en las mil direcciones de la luz el primer asombro de quien acababa de superar el acceso al castillo, y, al atravesar las puertas y sumergirse por primera vez en el amplio recibidor y sus cúpulas abiertas al cielo, las columnas y los pisos superiores intuidos a través de barandillas de cristal, elevadores transparentes y sonido de pisadas en cajas de escaleras, el visitante recibía una vaga impresión de claustro o de lugar sagrado. Incluso si tenías doce años la sensación era la de pisar un acceso ignoto donde nada debe ser interrumpido y todo continúa su funcionamiento preciso, ágil y disciplinado, al margen de cualquier desorden o confusión. Entraban ganas de guardar un respetuoso silencio y dejarse llevar por aquella armonía sincronizada al ver a los hombres y mujeres en batas blancas que caminaban por los pasillos con la

obediencia y la confianza de los creyentes en un templo. El grupo de escolares se detuvo junto al enorme mostrador circular de bienvenida, cuya superficie gélida y pulida, sin esquinas, se asociaba en la mente desde el primer golpe de vista con la materia prima de una nave espacial o de la nieve virgen, y mientras aguardaban contemplaron, sin ni siquiera atreverse a hablar o a hacer movimientos bruscos, las estancias altas y diáfanas como las de una clínica o una iglesia, con esas mismas luces verticales que no proyectan sombras ni dejan rincones ciegos. Era como si no hubiera umbrales, como si no existieran huecos donde algo pudiera esconderse y saltar de improviso, y todo se extendiera con la inmediatez de un horizonte completamente visible en su totalidad. Todo honesto, todo aséptico, ninguna oscuridad ni engaño.

Las instalaciones de SymGest se repartían por toda la ciudad y albergaban laboratorios, oficinas, consultas y salas de visitas, conformando una red importada tras el éxito inapelable de su gestión en otros países cuyo número crecía cada vez más. Eran todas igual de blancas, como palacios de cristal o edificios del futuro, limpios memoriales que a modo de brillantes hitos guardaban y exponían la historia del ser humano. «Podríamos decir que ésta es la primera casa de los bebés, y nos esforzamos para que sea una casa bonita». El doctor que salió al encuentro del grupo y comenzó a guiar la visita ya llevaba un rato hablando, pero éstas fueron las primeras palabras que hicieron efecto en Beatriz. «Todos los bebés necesitan una primera casa», decía el doctor, «y nosotros se la proporcionamos hasta que sus padres los recogen». El primer espacio habitado. En la memoria no es más que la huella de vaho casi borrada que queda en un cristal, la sombra prácticamente extinguida de una espesura blanca. Sin explicarse la asociación, Beatriz evocó en un relámpago

el río que formaron los niños indios del cuento cuando fueron robados, aquel relato infantil que escuchaba a su madre y que no iba destinado a ella. Un río de lágrimas a través del bosque.

Los habían guiado hacia el interior más profundo del edificio y ahora cruzaban nuevas puertas que se abrían y se cerraban automáticamente detrás de ellos. Nadie tenía que mandarlos callar, el grupo de estudiantes avanzaba en orden y en el expectante silencio de los intrusos que atraviesan los pasadizos de la pirámide.

—Bien, en breve podréis ver a una de nuestras mejores ejemplares en su recinto de descanso. Pero antes —el doctor detuvo a la fila de alumnos frente a unos enormes paneles iluminados— os explicaré un poco en qué consiste nuestro trabajo.

Beatriz levanta los ojos en dirección a las letras eléctricas que parecen caer del techo hasta ellos como una lluvia corrosiva de luz azul: letras, símbolos, dibujos y lemas se proyectan sobre su cara y la de sus compañeros, todas dan la impresión de descender en regueros brillantes. El doctor les descifra los mensajes que empezaron a escribirse allí mucho antes de que ninguno de ellos naciera, parece desdoblarles ante los ojos los papeles que alguien metería entre las tablas del techo de una casa, ésta que construyeron para los recién nacidos, hundiendo las uñas entre las rendijas de la madera y dejando al descubierto el hueco húmedo donde los sacerdotes escondieron sus dogmas. Tecleaba en un panel y nuevas frases y esquemas florecían, luminosos, sobre las paredes.

—... eliminar a las mujeres de la ecuación solucionó el problema. Por supuesto, nadie podría cuestionar ahora los inconvenientes éticos... aquello no era viable ni legal, no podíamos utilizar a mujeres para el Proyecto Origen.

La atención de Beatriz iba y venía de los paneles a los trabajadores que entraban y salían del habitáculo, con sus batas impolutas, sus carpetas y tablas de memoria en las manos. Ninguno les prestaba atención, seguían su ruta como caminantes mecánicos sobre un carril.

—El Proyecto Origen de gestación secundaria ha sido la culminación de años de investigación y trabajo y el remedio a pandemias, guerras y crisis de natalidad. Ha supuesto alivio para muchas personas y ha traído esperanza a sociedades diezmadas.

La cara de un simio apareció sobre los paneles. Beatriz hizo una mueca, algunos de sus compañeros la miraron y reprimieron risas. La profesora que los acompañaba pidió silencio.

—Hemos tardado décadas en perfeccionar nuestros estudios, por supuesto, pero siempre partimos del mismo punto: de entre todos los primates, los gorilas son los que comparten un mayor porcentaje de material genético con el ser humano, entre un 97 y un 98 por ciento. Muchas de sus secuencias coinciden con las de nuestra especie, lo cual, incluso a día de hoy, nos sigue pareciendo milagroso. La gestación y reproducción del gorila es, también, muy parecida a la nuestra: el periodo de embarazo de las hembras es de ocho meses y medio, y alcanzan su madurez sexual a los diez años aproximadamente. Teniendo en cuenta que suelen vivir una media de cuarenta años, cada hembra puede alumbrar hasta tres o cuatro crías. En estado natural, los embarazos solían producirse en intervalos de cuatro años, pero gracias a nuestras modificaciones genéticas conseguimos reducir ese tiempo a la mitad.

Las pantallas mostraban ahora varias escenas de gorilas en estado salvaje.

—Las coincidencias con la especie humana no terminan ahí: las gorilas demuestran poseer un gran instinto maternal con sus crías, que permanecen bajo los cuidados de sus madres hasta los tres años. Desde el principio nos llamó poderosamente la atención el fuerte vínculo que se crea entre una madre y su cría en estos primates. Las madres primerizas, al igual que las mujeres, pueden permanecer sosteniendo a sus bebés en brazos durante largo rato... Aquí podéis verlo. —En un parpadeo de la luz, imágenes de gorilas con sus crías y, tras un giro súbito, nuevas escenas de hombres con armas de fuego y ejemplares muertos a sus pies—. Los gorilas estuvieron durante mucho tiempo en peligro de extinción, por ser blanco de cazadores furtivos y comerciantes sin escrúpulos. El Proyecto Origen también puso fin a esta barbarie. Hemos conseguido repoblar ecosistemas enteros, aumentando la población en las selvas originarias de África central. Si os parece bien, continuaremos la visita viendo las salas de cuidado y selección y por el camino os seguiré explicando más cosas.

El fulgor de las pantallas se disolvió con un murmullo acuático. La salida de la estancia se abrió descorriéndose en silencio y los colegiales enfilaron una larga pasarela que atravesaba un abismo transparente a una altura de tres pisos. A ambos lados, salas separadas con tabiques de metacrilato cuyo interior podía distinguirse a lo largo de todo el puente. Como en un hormigueo ajeno al ojo, Beatriz percibió el continuo movimiento de las figuras blancas que seguían desplazándose por dentro de las estancias.

—Hemos salvado a las gorilas de la extinción y les hemos proporcionado una vida idílica. Aquí disfrutan de todo tipo de comodidades y de un trato inmejorable, adecuado a sus necesidades, y a cambio realizan un servicio importantísimo para toda la humanidad. SymGest y el

Proyecto Origen han concedido sueños, ilusión, vida... ¡han hecho del nuestro un mundo mejor! —en este punto el doctor abrió los brazos para enfatizar su alegato, intentando señalar y abarcar al mismo tiempo todo el espacio que les rodeaba, pero Beatriz comenzaba a escucharle como entre ecos—. No hay restricciones, y ése es el mejor logro y el mayor acierto de nuestro trabajo. Cualquier persona, de cualquier condición, orientación sexual y estado civil, puede solicitar los servicios de una de nuestras ejemplares en el momento en que lo desee. No ponemos límites ni obstáculos. Todo el mundo tiene derecho a ser padre o madre, y el éxito alcanzado es lo que nos motiva a seguir adelante. Hay mujeres que nos contactan por motivos de salud, por falta de tiempo, por comodidad, por trabajo, porque no desean vivir un embarazo o porque sencillamente no pueden... No entramos en preguntas incómodas ni en juicios, nos limitamos a escucharlas y a cumplir sus sueños. Cada vez más personas desean bebés propios, con sus mismos genes, pero sin las molestias que supone una gestación natural. Nosotros las ayudamos a perpetuar sus vidas, les aseguramos una ilusión de supervivencia que en realidad es una certeza —era evidente que le emocionaba escuchar su propia narración, le bastaba sentir él mismo la excitación una y otra vez sin necesidad de transmitirla a sus oyentes—. ¿Y cómo lo hacemos? ¿Cómo hemos conseguido todo esto?

Beatriz se apoya en la baranda del puente, mira bajo sus pies, más allá de los relucientes zapatos del uniforme del colegio, y contempla sin reacción el vacío, los autómatas blancos que recorren sus pasillos de cristal en pos del milagro o la catástrofe, no lo sabe todavía, preguntándose en otro relámpago insensato si alguien sería capaz de sentir más compasión por una sucia mona antes que por las

mujeres que antes hacían ese mismo trabajo. Desde la pasarela también podían contemplarse más de cerca las cúpulas y el cielo artificial al que ascendían las columnas justo antes de ramificarse en ligeras y sólidas nervaduras de mármol. Vuelve a mirar hacia delante pero se ha perdido parte de la explicación.

—... controlamos al detalle el desarrollo del feto, monitorizamos cada día sus avances y los de la gorila gestante... —Beatriz vuelve a distraerse, en una de las salas a su derecha un grupo de batas blancas se ha reunido en torno a una mesa de panel táctil y estudian los esquemas proyectados, hélices de colores que giran en el aire—. Una manipulación genética básica nos ayudó a adaptar del todo su gestación a la humana, para evitar posibles problemas o complicaciones. Los padres pueden elegir también el método de parto: natural o por cesárea. Las implicaciones y consecuencias en el bebé son nulas.

Una mano se levanta en la parte central del grupo. Beatriz se alza ligeramente de puntillas para saber quién va a hacer la pregunta.

—¿Nunca han tenido ningún error? ¿Y si hay algún imprevisto?

—Está todo controlado para que eso no suceda. Reducimos cualquier riesgo a un porcentaje mínimo...

—¿Pero qué ocurre por ejemplo si hay gemelos, o si algo falla?

El científico rechaza aquella hipótesis con un movimiento de cabeza y una sonrisa que da a entender su incredulidad pero también una benévola condescendencia hacia el neófito que la plantea. Su fe en el poder de los laboratorios es absoluta.

—Sucedre en muy contadas ocasiones, y tratamos de impedir ese supuesto mediante hormonación y un estricto